

LA CALESITA Y LA VIDA

Hoy llevamos a Julia nuevamente a la calesita. Qué lindo es verla jugar. Antes, nunca había querido subir y dar vueltas, hoy se animó. Hoy se animó y yo me sentí feliz por eso. Y entendí que un niño, siempre es valiente, pero es valiente a su tiempo y a su modo. Es un coraje de acuerdo a sus experiencias. Ella es valiente, lo sé, y en esa valentía, me regocija el alma.

Quizás podrán decirme que es una estupidez y quizás lo sea, pero me sentí feliz, por verla ella dar vueltas solita, agarrada de ese viejo caballo de plástico. Verla reír a carcajadas, ver que disfruta de ser niña, es algo maravilloso. “Qué lindo papá que es esto, me encanta...”, me dice en cada vuelta que da. Y se ríe. Y se ríe una, dos, tres, infinitas veces. Esos sonidos que despliega por ahí, adornando lo más sublime del momento. Mientras la miro me digo: “ojalá que nunca se termine su risa, su boca abierta emitiendo sonidos, como un espectáculo sin igual”. Mientras la observo, mientras da vueltas, veo las habilidades que despliega para sostenerse, para disfrutar, y para evitar la entrada del dolor por alguna caída.

Y es así, mientras gira, ríe y en esa risa me hace vivir. Me descubro evocando mi niñez, ese burdo recuerdo que me llega y enerva por unos segundos mi cuerpo, ya que aquella época no ha sido fácil. Nada fácil. Esos destellos, a veces punzantes, se vuelven a ir, porque ya no me importa mi niñez, me importa la suya. Y no quiero que en ella se repita ese sufrimiento innecesario que a veces padecemos cuando somos niños. La falta de trabajo de nuestros padres,, atrapados en esa falta de sueños para construir un futuro mejor; quizás también la falta de las zapatillas para ir a la escuela o de botines para jugar el campeonato, y por qué no, la falta de un abrazo y otras delicias para acongojar el alma. Cuando sos niño, necesitás afectos, no dolencias. Y es por eso, que no quiero que nada de eso le falte a mi bella Julia. Ni las cosas materiales necesarias, ni los abrazos al alma para que se sienta cuidada y protegida.

Y la miro a los ojos, y ella me mira. Sí, me mira y sabe que la miro, que no puedo dejar de mirarla, y ella me mira de nuevo y una nueva mueca se despliega en su rostro, y mira el cielo celeste, en este domingo cálido de abril. En este soleado domingo de abril, de momentos mágicos, de situaciones inolvidables, de escenas irrepetibles.

Julia es la niña que más feliz me hace. No me voy cansar de repetir esto. Lo voy a repetir, una, mil, cien mil, con la cabeza debajo del agua, bajo tortura, o del modo que sea, no me importa. Es así. Siempre será así. Aunque crean que soy el tipo más insoportable por decir esto a cada rato. Doy y daré hasta lo que no tengo para que ella ría. Para que cada día ría. Y después, sí... después de su risa ya no hay nada. Ella no lo

sabe pero lo presente, sabe que no puedo verla triste porque me mata. Me hace sentir tan mal, que cuando la veo así, quisiera sacarle de cuajo ese dolor.

Por eso hoy, si hoy... en el preciso momento en que me dijo: "quiero subir papá, me dejás...", cuando se animó a dar vueltas solita, fue como un salto a una nueva etapa de su corta vida. No puedo ya no imaginarme que sea distinto, que sea valiente y que se anime, y que persiga los sueños y, por sobre todo, sea lo más feliz que se pueda. Y mirá que las cosas no son fáciles, muchas veces. Pero igual, con Lorena, le ponemos lo mejor que tenemos, lo que mejor podemos hacer para que Julia siempre esté bien, aunque nosotros tengamos esos vaivenes de la vida misma que nos pone a prueba todo el tiempo, pero siempre salimos adelante, como sea. Solo por ella. Solo por eso.

Todo lo que hacemos... lo que hago, es para que Julia, no sienta nada de lo feo del mundo. En este mundo tan lleno de traiciones, de valores que acuchillan todo el tiempo la dignidad de las personas, de déspotas que nos miran desde arriba sin importar nada, como si fuéramos animales de su gran jaula humana. De malvados de poca monta. Qué pena que ella tenga que vivir en un mundo así, y no en un mundo como el de la calesita. Donde en cada vuelta hay risas, risas, y más risas que contagian. Me contagia inyectándome vida en el alma. Un mundo tan desigual para Julia, ya no lo quiero. Pero, saber que ella, de a poco irá perdiendo esa risa, para entrar en otras cuestiones más complejas, me perturba. De verdad, qué lindo sería un mundo para Julia así, de puras risas, con esos ideales que inculcan la risa y la alegría.

Hoy, mientras Julia daba vueltas en la calesita. No podía dejar de mirar también a Lorena -con su sonrisa inmensa como el mar, y que amo y me ama-, mientras ella intentaba sacarle una foto para guardar en el álbum de la familia.

Y los tres, así, casi siempre felices.